

LA ESPIGA AMOTINADA: LA PALABRA COMO ACTO.

Mariana Ortiz Maciel

Resumen

La poética grupal de *La espiga amotinada* asumió la necesidad de devolver a la palabra su valor fundacional, su capacidad de crear y transgredir el orden del mundo. De este modo, orientaron su noción sobre el lugar que debe ocupar el poeta dentro de la sociedad, resolviendo que debe existir una correspondencia entre la integridad humana y la integridad artística, para que así la poesía no sea un gesto puramente estético, sino una vía para tomar una postura ética; la posibilidad de violentar el lenguaje y con éste, a la realidad, era también su forma de volver a creer en el hombre.

Palabras claves: poesía, integridad humana, integridad artística

Así Inicio

En el año de 1960, con la aparición de su primer libro colectivo, los poetas de *La Espiga Amotinada* sellaron su decisión de asumirse como un movimiento grupal. Este gesto no tuvo la intención de funcionar como una estrategia publicitaria, pues si bien les permitió capturar una mayor atención por parte de los lectores, la construcción de un frente común tuvo como objetivo fortalecer el impacto de una ideología compartida. Ésta, fue presentada de manera individual en los pequeños manifiestos con que se abre cada uno de sus poemarios, todos ellos coinciden en algo: la necesidad de activar un vínculo sólido entre la palabra poética y la realidad social de su país. El poeta catalán Agustí Bartra, amigo y cómplice de los jóvenes escritores, se refiere a este propósito en el prólogo con que presenta su obra: “[...] Este libro común afirma el valor del espíritu en función de libertad y más allá de su carga de imágenes, sangres y savias, reivindica el derecho de la poesía a ser acontecimiento.”¹

¹ Agustí Bartra, “Prólogo”, en *La espiga amotinada*, FCE, México, 1960. p. 7.

De este modo, asumir la función crítica de la poesía fue un punto de encuentro crucial entre las experimentaciones poéticas de estos jóvenes, para ellos, la integridad humana y la integridad artística representaban una unidad indivisible. “Hombre y poeta maduran juntos. Poesía y humanidad son proyectos del hombre que las vive.”²

Para que la poesía sea capaz de incidir sobre la realidad, es necesario destruir la distancia entre la palabra y la ‘historia’, dejar de buscar con ella únicamente los espacios de lo sublime, la realización puramente estética, para encauzarla a una responsabilidad mayor: la de convertirse en acto.

“La poesía de hoy debe estar orientada como una “violencia organizada” en contra del lenguaje poético y cotidiano, que están al servicio de una clase en decadencia, la que hace que esos lenguajes sean retóricos y conservadores. Es una necesidad psicológica y social, y no el gusto exagerado de perfección o esnobismo, lo que debe obligarnos a saquear el tesoro del idioma, a buscar la palabra justa”.³

Sin embargo, al trascender los intereses de una retórica nacionalista, este grupo mantuvo la convicción de que en la forma de su poesía estaba cifrado su poder para convocar, es por esto que su obra nunca derivó en un texto panfletario o propagandístico; su actitud frente a la palabra consistió en sostener su mensaje político a partir de una calidad poética impecable, como nos dice Juan Bañuelos en la presentación de su poemario *Puertas del mundo*: “Son muchas las formas del silencio. Y aun el artista del combate puede olvidarse de hablar artísticamente y ser un silencio más, como cualquier abstracto.”⁴

Conducir la palabra hacia el lamento o hacia la nostalgia fue un camino que “Los espigas” decidieron no tomar; el ambiente generado a partir del triunfo de la Revolución Cubana, en el año de 1959, generó la impresión de una posibilidad real de reinventar un país y esto influyó profundamente en su compromiso político. La rabia que aparece en su poesía es una apuesta por desestabilizar el orden imperante, delatar las injusticias que reinaban en su México fue un principio de

² Jaime Labastida, “El descenso”, *La espiga... Op. cit.*, p. 200.

³ Juan Bañuelos, “Puertas del mundo”, *La espiga...op. cit.*, p. 20

⁴ Jaime Labastida, *La espiga... op. cit.*, p. 201

lucha, en este sentido la violencia a la que incitaban quedó hermanada con la esperanza, no con la derrota.

¡Oh Mar, oh Tierra, oh Fuerza!
Mi verbo con el tiempo se templará en las brasas,
ahora escucho el canto de tambores en marcha.
El canto de esta aurora es como un tren de guerra
que hace de la muerte los rieles de la siembra.

¡Historia, Historia,
más grande que el desastre es la esperanza!⁵

Asumir esta esperanza dentro de su labor como poetas los llevó a reconocer el valor fundacional de la palabra: “con la palabra inauguramos, damos vida”. De este modo, el símbolo de la semilla, utilizado constantemente dentro de sus imágenes poéticas, representa una promesa de transición, ‘la espiga amotinada’ es la reunión combativa de esas semillas, de esas voces, que anhelaban sembrar la posibilidad de un presente distinto.

¿Ay, escribo sin medir camino ni palabras:
no tropiece mi lengua para fundar el orden y la vida!
Porque la vida es, y como la tierra, se embellece
cuando arrojamos las semillas.
Sólo cuando construimos nos despojamos
de la ebriedad de la tiniebla.⁶

Señalar la presencia de una mirada subversiva dentro de la ideología del grupo, es reconocer la toma de postura que éste sostuvo y que consistió en imponer, frente a los hechos que los rodeaban, una mirada insobornable, agresiva, que denuncia lo que observa con el fin de trastornarlo; una mirada que se apega a la palabra para señalar los errores que se repiten, a partir de la naturaleza de la poesía, que lo descubre todo por primera vez.

⁵ Juan Bañuelos, “Escribo en las paredes”, *Ocupación de la palabra*, p. 48

⁶ Juan Bañuelos, “Puertas del mundo”, *La espiga... op. cit.*, p. 47

“Nosotros sólo estamos en el comienzo. Nuestra rebeldía no ha sido encauzada como debería ser. Días inútiles han pasado sobre nuestras cabezas. Pero ha habido también días que nos han abierto los ojos, y hemos visto. Hemos entrado en guerra con nosotros mismos, y hemos buscado la palabra, como en una cacería despiadada. Estamos en busca de nuestra propia realización. Y hemos visto muchas cosas por primera vez sobre la tierra: los poetas ven siempre toda cosa por primera vez. Y hemos creído en el hombre.”⁷

La palabra se convierte en arma, en la medida que ataca la indiferencia del hombre frente a los ‘otros’, el dolor es concebido de esta forma como un medio para fundar la fraternidad. En el poema “El descenso” de Jaime Labastida, nos encontramos con algunos símbolos de la cosmovisión azteca, el poeta recurre a ellos para evocar aquella cultura guerrera de la que somos ‘herederos’, y enaltecer así un ritual que sigue siendo necesario para el cambio, el sacrificio.

Sangre! ¡Que mi dolor se haga poesía!

¡Mueran los tibios, los ausentes!
¡Para que arda la vida, los dioses piden sangre!
Coatlícue, ¿acaso miento?
El espíritu de la tierra me preside.
Desde el mendigo al pan hay un camino que recorro.
Pido la dignidad para mi raza.
Soy un hereje en este pueblo que camina debajo de
la sombra.
¿Por qué la tranquilidad en una isla?
¿Para qué desear la eternidad?
¿Por qué prados de flores?
¡Fuera! ¡Calcémonos espinas!
Si yo soy una espina
si soy una daga que hace daño,
no me pido perdón por los dolores que me causo,
ni les pido perdón por la herida que les abro,
hermanos en mi sangre.

¡Gritemos!⁸

⁷ Óscar Oliva, “La voz desbocada”, *La espiga... op.cit.*, p. 64

⁸ Jaime Labastida, “El descenso”, *La espiga... op.cit.*, p. 238

Según la perspectiva de este grupo de poetas, la inmovilidad, que fue el mayor temor de las culturas mesoamericanas, permanece siendo el peligro. La acción es el desenlace de la voz y por lo tanto, no hay peor escenario que el de la pasividad. En su poema “La voz desbocada”, Oscar Oliva plantea una fuerte crítica a todos aquellos sectores de la sociedad que permiten el autoritarismo del Estado, por encontrar en ello su propia conveniencia:

Yo acuso al señor día, de vivir entre bandidos.
Al señor animal,
al señor banquero,
al señor político,
al señor dinero,
de presentarse y de inclinarse ante el señor Estado
que les da de beber y comer para mantener el crimen.
Yo acuso a los periódicos de toda falsedad,
yo acuso al ejército de estar contra el pueblo,
yo acuso a la juventud de ancianidad,
y a los muertos que no hicieron nada, los aborrezco.
No tengo nada contra nadie: nada más odio a
los conformes, a los aduladores del oro.⁹

El malestar que los “espigas” experimentan frente a la actitud de aquellos artistas que se abstraen de la situación social de su país, es también un tema constante dentro de su obra. Atacan a la poesía que se aísla, la que se encierra sobre sí misma y al hacerlo se convierte en una forma de la ceguera. Para ellos la palabra poética debe utilizarse para iniciar con ella una revolución y esa revolución no se concentra únicamente en la experimentación estética o lingüística, sino también en la decisión de conducir al lenguaje a un deber cívico, infligir a través de él una ‘herida’, un malestar que es la conciencia del abuso y la desigualdad. Ellos quisieron llevar su mensaje a los muros, a las paredes, sacarla de la seguridad del papel para enfrentarla con las responsabilidades de su época. Es por esto que constantemente se cuestionan qué es lo que pueden realmente salvar con la palabra y se angustian frente a la evidencia de que es el ‘pan’ y no el ‘verso’ lo que puede acabar con el hambre de su pueblo.

⁹ Óscar Oliva, “La voz desbocada”, *La espiga... op. cit.*, p. 102

¡Este pueblo de México tiene hambre!
¡Para qué los poetas!
¿Para que la palabra baje
como un ángel idiota
a sostenerse de los sobacos?
Algo va a venir.
¿Es posible ser Patriota
con un peso,
un pan,
mil desgracias?
No fuerces tu vista delante de la luz
porque la perderás.¹⁰

Esta luz hiriente, cegadora, a la que se refiere irónicamente Óscar Oliva, pone de manifiesto otra característica esencial del grupo, la autocrítica. Es absurdo, e incluso soberbio, pretender erradicar el hambre de un pueblo a través de la poesía, ellos reconocen esta evidencia, pero no derrotan sus deseos en ella. Si el lenguaje no puede convertirse en pan, por lo menos puede ser una molestia constante para aquellos que han decidido la comodidad de la ignorancia. Es en relación a esto que Eraclio Zepeda, otro de los integrantes de 'la espiga', invita a los que utilizan la palabra a dejar de simular con ella y asumirla como una verdadera herramienta de lucha social:

No más simulaciones, por favor, no más simulaciones.
Estamos aquí para hablar,
para amasar las sílabas e irlas formando
en el orden de una hilera de sentenciados a muerte.

Considerando que la palabra es responsable
de los incendios iniciados en su hacienda
y puede, en consecuencia, ser sujeta a tribunales;
considerando que la voz es susceptible de ser en-
mudecida a resueltas de las mentiras por ella germinadas;
considerando asimismo que la mano es cómplice
de los signos que traza en las superficies aptas del
escrito, y porque he aquí que mi herramienta
está constituida por la huella nerviosa de la pluma,
por esto, en el punto oeste de mi cuerpo,

¹⁰ *Ibidem*, p. 94

sujeto estoy a estas cuestiones.
¡Arriba, de golpe, mercaderes del ingenio!
Abandonemos el tibio lecho conseguido,
no es posible proseguir este negocio.
Revisemos los granos de la espiga.¹¹

Si su vida se presenta en un escenario plagado de desasosiego, su poesía llevará ese signo, de este modo los poetas de *La espiga amotinada* deciden una forma de su nacimiento, aquel que se realiza en el encuentro entre la convicción y la palabra, como nos dice Juan Bañuelos en su poema “Escribo en las paredes”:

Las palabras son hijas de la vida.
Sufren, paren; también tienen sus muertos.
Y en el honda capital de la miseria
las armé de fusiles y de verbos
(en esta patria muda, perseguida,
donde hasta el aire mismo va a dolernos).
Yo fui el autor;
Lo que suena a dolor me suena a pueblo
Nací en el Sur. Mi nombre:
Juan Bañuelos.¹²

Tiempo después cada uno de los integrantes de este grupo proseguirá con su trabajo literario de manera individual, sin embargo, los dos libros que realizaron juntos: *La espiga amotinada* (1960) y *Ocupación de la palabra* (1965), marcaron definitivamente a la poesía mexicana de la década de los sesenta, al haber problematizado el lugar que debe ocupar el poeta como crítico su sociedad y la palabra como un acto que la transforma.

¹¹ Eraclio Zepeda, “Los soles de la noche”, *La espiga amotinada*, p.190

¹² Juan Bañuelos, “Escribo en las paredes”, *Ocupación... op.cit.*, p. 71

Síntesis Curricular

Maestra en Letras Mexicanas por la UNAM. Actualmente cursa el Doctorado en Letras en la UNAM con la tesis que se titula: “El México prehispánico en la configuración de su presente. Intertextualidad, transculturación y simultaneidad espaciotemporal en la obra poética de José Emilio”.

Línea de investigación: Poesía mexicana contemporánea.

Miembro fundador del Seminario de Investigación de Poesía Mexicana Contemporánea de la UNAM.

Becario del Cep-UNAM a la excelencia académica

Congresos:

Miembro del comité organizador y participante del primer Coloquio de Poesía Mexicana, de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en octubre del 2011.

Participación en el XI Congreso Internacional *Poesía y Poética*, realizado en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con una ponencia titulada: Lecturas de la ciudad en la poesía de Flor Cecilia Reyes. En octubre del 2011.

Participación en el XV Congreso de Literatura Mexicana Contemporánea de la Universidad del Paso, Texas, con una ponencia titulada: La Espiga Amotinada: una mirada subversiva. En marzo del 2010.

Actividades docentes:

- Impartió el curso de Lengua española en el Instituto de Humanidades y Ciencias en el ciclo 2009-2010 y 2010-2011
- Impartió un Taller de poesía en el Instituto de Humanidades y Ciencias en el 2010
- Impartió un Taller de redacción en la Universidad del Valle de México en el 2008
- Impartió un Taller de cuento en el Instituto de Humanidades y Ciencias en el 2007
- Impartió el curso de Español III de 2005 a 2006 en el Instituto de Humanidades y Ciencias

- Actualmente imparte el curso de Literatura Universal Y Literatura Mexicana en el Instituto de Humanidades y Ciencias.

Publicaciones.

Un artículo titulado “La poesía como memoria del origen en la obra poética de Octavio Paz y María Zambrano”, publicado en la revista *La Experiencia Literaria* de la UNAM, en febrero del 2012.

Una reseña sobre el libro *Las palabras y los días*, publicado en el *Periódico de Poesía* en enero del 2011.

Un poema titulado “Habrá que bautizar el polvo”, publicado en la revista *Opción* del ITAM, en junio del 2009.